

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA: D.^a ANGELA GRASSI.

SUMARIO. *Necrologia.*—A los Suscritores del CORREO.—*El ceñidor de Venus*, por D.^a Angela Grassi.—*En la soledad* (poesía), por D.^a Carolina Coronado.—*El camino angosto*, por D.^a María de la Cruz.—*Los Tres elementos* (poesía), por D. Constantino Gil.—*Labores.*—*Modas.*—LÁMINAS: *Figurin*, núm. 859.—*Grabado de Labores*, núm. 72.

NECROLOGIA.

Con el mas profundo pesar, anunciamos hoy á los suscritores del CORREO el fallecimiento de nuestro ilustrado Director, D. Pedro José de la Peña, arrebatado casi repentinamente por la muerte á su virtuosa familia, á sus amigos y á las letras, á las cuales prestó muchos y útiles servicios.

Modesto en sus hábitos, no era de los que ensordecen al mundo haciendo un inútil ruido, sino de los que preparan en silencio y ofrecen á la sociedad su tributo de inesperados y sólidos beneficios.

Desde 1850, en que fundó el actual periódico, primero con el título de la MUJER, y luego con el de ALBUM DE SEÑORITAS, dedicó todos los instantes de su vida á elevarlo á la altura de las mejores publicaciones extranjeras, tanto en la parte material, que es inmejorable, como en la literaria; bastando decir, para su encarecimiento en este punto, que no hay ningun nombre ilustre en la república de las letras, que no haya figurado al pié de algun artículo inserto en el CORREO, durante los diez y siete años que cuenta de existencia.

No eran, sin embargo, ni las mejoras materiales ni el mérito de los artículos, lo que llamaba en mas alto grado la atencion del Sr. Peña.

Con una delicadeza de alma exquisita, con una perspicacia singular de ideas, comprendió que en esta época de transformacion social para la mujer,

en esta época, en que el siglo la empuja hácia adelante, y la timidez de sus propias ideas y sentimientos la arrastra hácia atrás, necesita un regulador imparcial de su conducta, para no prestar oídos á los que la deprimen con exceso, ó con exceso la adulan y estravian. Comprendió que en estos momentos de vértigo, necesita, como el hábil acróbata, un salvador balancin, para no caer en el abismo sin fondo que se abre á uno y á otro lado del estrecho camino que atraviesa.

Comprendió, por último, que hoy mas que nunca es preciso que no se ofrezcan á su ansioso afán de saber y de ilustrarse, esas lecturas que envenenan la imaginacion y agostan en flor los puros sentimientos del alma, que no devoren sus ojos esas páginas en las cuales se la hacen insensatas amenazas para el porvenir, ó promesas mas insensatas todavía, y que una publicacion destinada á hallarse en las manos de las madres de familia y las jovencillas laboriosas, era la única á propósito para difundir en todas las clases de la sociedad las nuevas ideas que deben germinar en la mente de las mujeres de este siglo, y conducir las por la debida senda al templo del progreso, en donde ya se asienta su grave compañero.

Este fin, que ha sido el fin primordial, y casi pudiera decirse exclusivo del Sr. Peña, lo ha llevado á cabo con una asiduidad constante, con una abnega-

eion sin límites en diversas publicaciones, tales como *La Educacion pintoresca*, preciosa revista infantil, adornada con muchas láminas y viñetas, *La Aurora de la vida*, *La Educanda*, y en particular EL CORREO, que era en donde la severa moral podia ser mas persuasiva, revistiéndose con las galas de lo bello y lo agradable.

La muerte le sorprendió trabajando en su noble

empresa, y mientras aquí le lloran su inconsolable esposa, sus sinceros amigos y la sociedad, á la cual prestaba tan eminente servicio, Dios sin duda le habrá ya concedido en el cielo, los envidiables premios que reserva á los que han sembrado el bien en su camino.

La Redaccion

À los Suscritores del Correo.

Al adquirir hoy la propiedad de EL CORREO DE LA MODA, y al encargarme de su direccion, espero hallar una benévola acogida entre las numerosas suscriptoras, á quienes hace ya mucho tiempo consagro mis tareas. Lo espero, porque creo que me une á ellas un antiguo lazo de cariño y simpatía, y lo creo así, juzgando por lo que yo misma siento dentro del alma, vivamente agradecida á sus bondades.

Contando, pues, con su indulgente cooperacion,

y las fuerzas que presta un noble fin, me propongo imitar en un todo al que lloramos perdido, y que al par que las últimas novedades de la Moda y las útiles Labores, siga siendo EL CORREO, el que lleve los gérmenes del bien y la virtud al seno de las familias.

¡ Feliz yo si lo consigo, que este es el único lauro que ambiciono !

ANGELA GRASSI.

INSTRUCCION.

EL CEÑIDOR DE VÉNUS.

Cuando las horas bulliciosas del dia se alejan, envueltas en su ropaje de luz, que se torna pálida; cuando avanzan lentamente las melancólicas horas de la noche, envueltas en sus negros ropajes de tinieblas; cuando el silencio aparece en los aires, estendiendo su cetro mágico, y haciendo que enmudezcan los pájaros y las fuentes, las auras y los ecos, ¡ cómo se vuelve la imaginacion presurosa hácia el pasado ! ¡ cómo se despiertan las remotas ideas, que parecían haber tenido sepultura en el caos inmenso del olvido ! Y pasan rápidamente por delante de nuestros ojos las escenas tristes ó alegres de otros dias, y cruzan en incesante torbellino, las imágenes queridas de nuestros amigos ausentes ó las sombras venerandas de los muertos !

¡ Hojas de un mismo árbol, arrancadas por un viento tempestuoso, y esparcidas en distintas direcciones: peregrinos de la vida, que nos reunimos un instante en algun florido oasis, nos cobijamos bajo la sombra de la misma palmera, libamos el agua cristalina de una misma fuente, y luego nos separamos, empujados por la ruda mano del destino, partiendo cada cual hácia la meta que le tiene destinada.

¡ Parten muchos, vuelven pocos!... ¡ Ay, que de todas las amarguras de la vida, es quizá la mayor hallarse solo cuando el cabello blanquea, cuando la vista se oscurece, cuando las manos tiemblan, y recordar las protestas de amistad desvanecidas, los ensueños de amor burlados ! De cuántos cataclismos fuimos testigos, cuantas ruinas, cuántos sepulcros hay en torno nuestro, y apenas hemos vivido un breve dia !

Te escribo, Julia, á la luz vacilante del crepúsculo, y no sé por qué la bella imagen de Elisa, á quien tú tanto amabas, no cesa de voltear delante de mis ojos.

Murió como las flores, al finalizar la primavera, y no pudo ver coronarse los árboles con los frutos del estío. Nunca he tenido valor para hablarte de las causas que precipitaron su muerte; nunca he tenido valor para referirte las últimas tristísimas escenas de su vida, que podia haber sido tan feliz, que fué tan desdichada !

Nacimiento, riqueza, hermosura, todo lo poseia. ¿ Qué es lo que la privó de gozar de tamaños beneficios ? ¿ Fué el mundo ? ¿ Fué la fatalidad ? ¡ Ay, no, Julia, no, que fué ella misma !

En nosotros mismos, en nuestro propio corazon se halla la clave de nuestro ulterior destino; en nuestras manos está el misterioso talisman que debe hacerle fecundo en lágrimas ó en risas.

Con el nacimiento, la riqueza y la hermosura, poseia

Elisa mil bellas virtudes; pero le faltaba una, una tan solo. Si en un instrumento hay una nota desacorde, basta ella sola para deslucir el conjunto. En vano serán ágiles y delicadas las manos que le pulsán; en vano será deliciosa la música que interpretan. Hay una nota desacorde, y basta: queda roto el encanto, destruida la armonía.

La virtud que le faltaba á Elisa era la mas humilde y modesta, pero la mas útil de todas; le faltaba la paciencia. ¡La paciencia, madre fecunda de la caridad, la abnegación y la dulzura, misterioso ceñidor de Vénus, que encierra en sí mismo todos los encantos y los comunica á quien lo lleva.

Hija única de unos padres sobrado complacientes, acostumbrada desde su mas tierna infancia á que fuesen leyes para todos sus mas nimios caprichos, habia adquirido el hábito de entregarse á los arrebatos ciegos de la ira, por cualquiera contrariedad que experimentase.

¿No has visto muchas veces, Julia, aparecer una pequeña nube blanca en el confin del horizonte?

Los labradores experimentados, ó los cautos navegantes, cuando divisan alguna de esas blancas nubecillas, al parecer tan diáfanas é inofensivas, ponen en salvo, los unos sus aperos, izan ó pliegan los otros las velas y las jarcias. El habitante de las ciudades, continúa su paseo al través de los campos, admirando la serenidad del cielo y la calma risueña del paisaje. Pero la nube blanca se torna cenicienta, luego negra. Luego se ensancha rápidamente y cubre la bóveda azulada, arrojando de su seno lluvia y granizo, relámpagos y centellas.

El habitante de la ciudad sorprendido, aterrado, se acoge á la sombra de un árbol ó al hueco de una peña, y no puede comprender cómo aquella blanca nubecilla ha podido trocarse en la nube tormentosa que tala los bosques y destroza los sembrados!

¡Oh, ciega imprevisión de las madres! ¡Cómo aquella insignificante nubecilla son los frívolos caprichos de los niños, que crecen con la edad, se robustecen con la juventud, y se convierten en manantiales perennes de destrucción y ruina! Aplaudimos en los niños, como una gracia, las primeras mentiras, los primeros arrebatos de cólera, los primeros movimientos de la envidia: nos parecen encantadores sus infantiles transportes, vistos al través de su blanca túnica de inocencia, á veces nos complacemos en fomentarlos, engañándonos á nosotros mismos con la idea de que luego la razon regulará sus pasiones. Mas ¡ah! que las pasiones educadas, fortalecidas á espensas de esa misma razon, aparecerán mañana bravías, imponentes, indomables, salvando todas las vallas, rechazando todo freno.

¡Oh, cuál debe ser entonces el asombro, el terror de las imprudentes madres, que han jugado con el fuego, alimentándolo en vez de destruirlo, y ven alzarse delante de ellas una espantosa hoguera!

Los arrebatos á que se iba entregando Elisa, crecian con la edad, como un impetuoso torrente engruesado por la lluvia, al cual es imposible poner coto.

Sin embargo, estaba dotada de clara inteligencia, de un corazón sensible y apasionado. Su dulzura era infinita cuando los impulsos de la cólera no sombreaban su frente, y daban á su voz un extraño timbre.

Llegó para ella la dichosa hora de amar, y quiso la suerte que entregase su corazón á un hombre bueno é ilustrado. Mauricio se propuso, por medio del amor, dominar aquel carácter impetuoso é irreflexivo. Mostrábala en largos y persuasivos discursos los beneficios de la paciencia, virtud evangélica que conduce al bien de nuestros semejantes, labrando antes el bien del corazón que la cobija.

—La paciencia, la decía con tono dulce y persuasivo, es la que nos hace vencer las dificultades que hallamos en llevar á cabo cualquiera de nuestras obras, es la que nos hace amables, tolerando las flaquezas de nuestro prógimo, es la que nos da resignación y fortaleza para sobrellevar las adversidades; es, por último, la que esparce en nosotros mismos y en torno nuestro una calma benéfica, que es manantial fecundo de dichas y contento.

Jesucristo nos enseñó con su ejemplo esta hermosa virtud, sin la cual es imposible llegar á la perfección verdadera.

Y si necesaria le es la paciencia al hombre, ¡cuánto mas necesaria no será á la mujer, centro y eje de la familia, espejo en el cual se miran todos sus individuos! ¡Qué funesto espectáculo no dará á sus hijos una madre colérica y arrebatada! ¡No habrá esposo que la tolere, criados que la sirvan! Descontenta de sí misma y de cuantos la rodean; descontentos de ella todos los que tienen la desgracia de vivir en su compañía, no habrá en su casa horas tranquilas ni momentos de expansión y de alborozo; vivirá entre lágrimas, y finalizará su triste carrera menospreciada y aborrecida!

Esto repetía Mauricio á la tierna jóven por mañana y tarde; pero ¡ay! que mientras Elisa le juraba de buena fé seguir sus consejos, una arruga que sorprendiese en su traje, ó una torpeza insignificante de los criados, la hacían prorumpir en gritos é improperios. Pasado el arrebato, lloraba y pedía perdón por su falta, perdón que le era al instante generosamente concedido.

—¡No puedo vencerme, me decía muchas veces con triste acento; conozco que engaño á Mauricio, y que me estoy engañando á mí misma! Es tarde; el vicio se ha convertido en hábito, y es casi imposible destruir un hábito que se ha identificado ya conmigo misma.

—¡Valor, la decía yo, estrechando su mano entre las mías; el alma es libre, la voluntad poderosa, la fé obra prodigios; lucha con esfuerzo y alcanzarás la victoria!

Llegó el día de la boda; yo debía ser su madrina y acompañarla al altar. ¡Qué hermosa estaba! Vestía un traje de moaré blanco, sembrado de rosas, y un velo blanco hacia resaltar el oro de sus magníficos cabellos.

Estábamos en Pasajes, y era en Bilbao donde debía verificarse la bendita ceremonia.

Elisa entró en una barquichuela enguirnaldada al efecto, apoyándose en el brazo de su futuro esposo. El día era magnífico, el mar estaba en calma.

Elisa acariciaba con sus amantes miradas el alto campanario de la iglesia, en donde debía pronunciar sus juramentos.

¡Un nada vino á destruir repentinamente sus mágicos ensueños de ventura!

El batelero tenía consigo un hijo suyo, niño de pocos

años. Quiso la fatalidad, que como el primero abandonase uno de los remos, lo tomase el segundo, levantando con su mano débil é inexperta una columna de agua que inundó el pequeño esquife. El vestido de Elisa se cubrió de grandes manchas, que tomaron al instante un tinte verdoso.

¡ Ah, tú no sabes la horrible transformacion que se efectuó en su rostro de ángel! Lívida, con los ojos inyectados de sangre, y el ademan descompuesto, se levantó, abalanzándose amenazadora hácia el pobre niño, que asustado, trémulo, retrocedió, se subió al borde de la lancha, y perdiendo el equilibrio, cayó al mar, quedando sepultado entre sus ondas.

El batalero y Mauricio se lanzaron en pos de él, pero cuando volvieron á aparecer sobre la superficie, solo traian entre sus brazos un cadáver!

¿ Qué mas te diré? Elisa fué trasportada sin sentidos á su casa. La fiebre se apoderó de su débil cuerpo, el delirio de su mente. Murió al cabo de un mes, pidiendo perdon á Dios y á los hombres.

Su alma está sin duda en el cielo: sus mortales despojos reposan en un modesto túmulo, sobre el cual arrojan lágrimas y flores sus padres, sus amigos y Mauricio, que gime inconsolable. Su triste ejemplo debe enseñar á la mujer que no hay virtud que no tenga por base la paciencia, pues sin ella todo se pierde, y todo se alcanza con ella; que es nuestra áncora salvadora en el revuelto piélago de la familia y del mundo; que es el égida que nos protege en los rudos combates de la vida; que es, por último, como el portentoso ceñidor de Vénus, que reviste de gracias infinitas á la dichosa que lo ostenta.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

EN LA SOLEDAD.

¿ Cómo te llamaré para que entiendas
Que me dirijo á tí, dulce amor mio,
Cuando lleven al mundo las ofrendas
Que desde oculta soledad te envío?

A tí, sin nombre para mí en la tierra,
¿ Cómo te llamaré con aquel nombre,
Tan claro, que no pueda ningun hombre
Confundirlo al cruzar por esta sierra?

¿ Cómo sabrás que enamorada vivo
Siempre de tí; que me lamento sola,
Del Gévora que pasa fugitivo
Mirando relucir ola tras ola?

Aquí estoy aguardando en esta peña
A que venga el que adora el alma mia:
¿ Por qué no ha de venir si es tan risueña
La gruta que formé por si venia?

¿ Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
Todos en flor, y acacias olorosas,
Y cayendo en el agua blancas rosas,
Y entre la espuma lirios virginales?

Y ¿ por qué de mi vista has de esconderte?
¿ Por qué no has de venir, si yo te llamo?
¿ Por qué quiero mirarte, quiero verte,
Y tengo que decirte que te amo!

¿ Quién nos ha de mirar por estas vegas
Como vengas al pié de las encinas,
Si no hay mas que palomas campesinas
Que están tambien con sus amores ciegas?

Pero si quieres esperar la luna,
Escondida estaré en la zarza-rosa:
Y si vienes con planta cautelosa
No nos podrá sentir paloma alguna.

Y no temas si alguna se despierta,
Que si te logro ver, de gozo muero:
Y aunque despues lo cuente al mundo entero,
¿ Qué han de decir los vivos de una muerta?...

CAROLINA CORONADO.

EL CAMINO ANGOSTO.

I.

Declinaba ya el dia 17 de Octubre de 1430. Los últimos rayos del sol, que se iba hundiendo por grados en el ocaso, doraban los altos campanarios y los tejados de las casas de Choisy, sobre el Oise, rielando en los cristales de las ventanas, y comunicando al ambiente un pálido resplandor lleno de misteriosos encantos é indefinible poesía. El cielo estaba límpido y sereno, matizado tan solo por las rosadas nubecillas, precursoras del crepúsculo; el aire era tibio y perfumado, y parecia que lo apacible y delicioso de la tarde infundiese un suave júbilo en los habitantes de la ciudad, pues recorrían las calles con aire risueño, prorumpiendo de vez en cuando en exclamaciones de contento.

A medida que iba trascurriendo el tiempo, á medida que las nubes de oro y púrpura, cerraban detrás del sol que se ocultaba sus mágicos cortinajes, y que el crepúsculo, replegando precipitadamente sus pálidos fulgores, cedia el imperio del espacio á la negra sombra, la animacion de los habitantes de Choisy se iba trocando en efervescencia, y

ya no eran murmullos de alegría, sino gritos de fervido entusiasmo, los que repetían los ecos de los cercanos montes. La multitud corría aquí y allá, encendiendo brillantes teas, agitando ramas de laurel, ó tocando bélicos instrumentos, que llenaban los aires de armonías. En donde se agolpaba mas la muchedumbre era en las inmediaciones de la Puerta Nueva, pero allí estaba apiñada y silenciosa, atenta á los ruidos que venían de la parte exterior, como si aguardase la realizacion de un fausto acontecimiento.

En efecto, las tropas realistas acababan de derrotar á los ingleses, y su jefe, el valiente Mailly, iba á entrar triunfante en la ciudad, al frente de sus bravos campeones. Hé aquí el próspero suceso que habia motivado aquellas demostraciones de júbilo y entusiasmo.

Aunque todas las imaginaciones estaban absortas en una sola idea, aunque todas las miradas estaban fijadas en la puerta, la aparicion repentina de una mujer alta, de porte majestuoso y régios ademanes, distrajo por un momento á las apiñadas turbas.

Debía ser dama muy principal, porque el gentío se apresuraba á abrirla paso, dejando escapar un murmullo de deferencia amante y respetuosa.

Sin embargo, su traje negro, su aire triste y abatido, parecían mas propios para asistir á un duelo que á una fiesta de entusiasmo y regocijo. Iba muy de prisa, parecia temerosa de llegar tarde, y era tanta su abstraccion, que no advertía la fatiga de la anciana dueña, que con sumo trabajo seguía la huella de sus pasos. De vez en cuando esta soltaba un ¡ay! de angustia, se detenía un instante para tomar aliento, y viendo que su señora proseguía su marcha precipitada, corría tras ella procurando ganar el tiempo que habia perdido.

El pueblo contemplaba su rápida carrera y cuchicheaba en voz baja, diciendo:

—¡Es Angélica! ¡Es la bella y tierna Angélica! ¡Es la esposa del vencedor!

Llegaron por fin ambas á la puerta, en cuyo ángulo se detuvieron.

—¡Dios mio, no puedo mas! murmuró la anciana recostándose en la pared y soltando un prolongado suspiro. ¡Vos habeis olvidado sin duda que á los sesenta años no se tiene tanta lijereza como á los veinte, y que mis pobres piernas ya flaquean!

—¡Perdona, Úrsula! exclamó la dama vivamente; perdóname la incomodidad que te he causado; pero yo ignoraba su regreso. ¡Todo Choisy lo sabia menos su esposa! Hasta que los gritos de la multitud no han penetrado en mi morada triste y solitaria, no he sabido que volvía cubierto de laureles! Y he tenido que darme prisa, mucha prisa, para que él vea que no soy indiferente á su gloria y á su ventura.

Úrsula movió la cabeza con señales de disgusto.

—¡Ah, murmuró en voz baja, tantas atenciones para quien tanto os desdeña! ¿Es esto justo, es esto razonable? Como capitán, será el mas esforzado de los héroes; pero como hombre...

—¡Úrsula, silencio! exclamó Angélica con digna entereza.

—Si él no os ultrajase villanamente, yo no me propasaría á hablar de esta manera! refunfuñó la anciana.

—¿Y quién te ha dado derecho para erigirte en juez? Las faltas de mi esposo, si alguna comete, son para conmigo: si yo las tolero y las perdono, nadie debe motejarlas!

—¡Cómo vos sois tan buena! repuso Úrsula con acento conmovido. ¡Ah! si hubiese sido yo...

—¡Yo no te pido consejos! se apresuró á decir la dama.

El tono con que pronunció estas palabras fué tan severo, que la anciana, desconcertada, inclinó la cabeza sobre el pecho y guardó silencio.

Y no obstante, razon y sobrada tenia para decir cuanto habia dicho.

Angélica era hija del Conde de Loeach, una de las familias mas ilustres de Choisy. Joven, bella y amable, habia sido un objeto de adoracion para los caballeros mas brillantes de la época, que habian suspirado en valde por obtener sus favores.

Angélica no gustaba de jugar con los corazones que la rendían un apasionado culto; agena á las artes de la galantería, no hallaba placer en tener un brillante séquito que la llenase de alabanzas y la rindiese públicos y ruidosos homenajes.

Modesta y sencilla, pasaba su vida retirada en lo interior de su palacio, aguardando al prometido de su alma que la Providencia debía repararle, no queriendo malgastar los efluvios de su amor puro y santo en frívolas luchas de amor propio, y en galanterías estériles y peligrosas.

No lograba, empero, su objeto: su mismo retraimiento acrecentaba el número de sus adoradores; pero jamás ninguno de ellos obtuvo de sus labios una sonrisa engañosa, ni leyó en sus ojos una mentida esperanza.

De este modo la fama de su virtud era tan grande como la de su hermosura, y el amor baladí que todos la profesaban, se cambió en veneracion sincera y profunda.

Mas, ¡ay! la humana prevision no puede evitar siempre los escollos que á veces se ofrecen á su vista cubiertos de bellas flores!

Angélica amó, y amó á un hombre que no podía labrar su ventura. Este hombre era el Rey, era Carlos VII. Cuando ella le consagró los mas castos trasportes de su alma, ignoraba su condicion; ignoraba que su bella frente pudiese llegar algun dia á ostentar una corona, y su mano á sostener el cetro heredado de sus progenitores. Solo sabia que era proscrito y desgraciado: solo atendió á las lágrimas que corrían por sus mejillas, solo se conmovió al ver los suspiros que levantaban su pecho apesarado.

Mas tarde lo supo todo, y comprendiendo que un Monarca poderoso solo debía enlazarse con una mujer de régia estirpe, para bien de entrambos, combatió su amor con magnánima firmeza, y no solo se contentó con sofocarle dentro del pecho, sino que por oponer una valla mas fuerte entre ella y el objeto amado, aceptó sin resistencia el esposo que su padre le destinaba. Este esposo era Eduardo de Mailly.

Angélica al acercarse al ara sacrosanta, al pronunciar el juramento solemne, no desconoció ninguno de los deberes que se imponía, y consagró desde el mismo instante á

Eduardo su pensamiento y su vida, ya que no podía aun darle por entero su corazón.

Durante un año su existencia fué, si no feliz, á lo menos tranquila.

Eduardo la amaba, y ella procuraba corresponder á su amor con igual extremo. Conseguíalo ya, cuando el odio de una mujer vino á tronchar en flor sus esperanzas.

Llamábase esta Magdalena, y era tan portentosa su hermosura, como desarreglada y frívola su conducta.

No hay necesidad de decir con esto que se llevaba tras sí todas las miradas, y que disponía á su antojo de todos los corazones.

No había en Choisy mas que una rival que pudiese disputarla los lauros de la hermosura; lauros embellecidos por una acrisolada virtud, y ésta era Angélica. Ofendióla su superioridad, quiso vengarse, y procuró herirla en lo mas vivo de su corazón, arrebatándola el cariño de su esposo.

Galante, artificiosa, atrevida, poco le costó el conseguirlo, y arrastrarle en pos de su carro triunfal, como al mas humilde de sus esclavos. No contenta con esto, se hacia pagar cada mirada, cada sonrisa con una nueva humillacion impuesta á la triste Angélica, y el débil Eduardo, loco y fuera de sí, sucumbia como un niño al menor de sus caprichos.

Angélica abandonada, sola, llorando noche y día la cruel persecucion de que era objeto, no tenia mas consuelo que elevar sus ojos á Dios y pedirle fortaleza para sufrir prueba tan amarga.

Y Dios se la concedió en efecto: su conducta fué siempre digna: lloraba y gemia en el retiro de su aposento, sin que ni un suspiro se exhalase de su pecho, ni una lágrima brotase de sus ojos delante de testigos. Opuso á la violencia, á las sin razones de su esposo, una dulzura inalterable, pero llena de firmeza, que á veces le hacia enmudecer, y sonrojarse de sus propios arrebatos.

Llegó á mas su virtud: vió á sus piés á su amante coronado, sin que una palabra de piedad, ya que no de amor, saliese de sus labios.

Hé aquí el por qué de las palabras que Úrsula habia dejado escapar de sus labios.

Las sombras habian invadido ya el Universo, envolviéndolo en sus negros velos; la luna habia recogido el cetro abandonado por el Rey de los planetas, y á los rayos de oro del espléndido Monarca habia sustituido sus rayos de plata, suaves y melancólicos.

A cada minuto que pasaba, crecia la impaciencia de la muchedumbre, y su murmullo débil al principio iba aumentándose, como el rumor de la marea cuando sube, invadiendo las peladas rocas.

De repente aquel murmullo se terminó con un grito unánime de júbilo.

Ya se oye á lo lejos el sonido marcial de los instrumentos bélicos, ya se divisa el resplandor de las antorchas, ya brillan en la oscuridad los dorados cascos de los guerreros, y se ven ondular confundidamente sus blancos penachos...

Ya llegan los campeones beneméritos de la patria, ya se acercan...

Los hombres arrojan al aire sus gorros de una estraña

forma, las mujeres agitan sus pañuelos, las campanas tocan á vuelo, y su alegre tañido se confunde con los vivas y los gritos de la alegre muchedumbre.

Montado sobre un brioso caballo blanco, y al frente de las tropas vencedoras, se adelanta Eduardo Mailly.

Su rostro es bello, su ademan majestuoso, y sus ojos despiden rayos de júbilo y de orgullo.

Trémula, y alentada á la vez por la risueña espresion de su semblante, Angélica se abalanza á él con las manos juntas sobre el pecho.

Eduardo la reconoce y palidece de cólera.

—¡Cómo así, señora, dice deteniendo á su alazan, cómo así tan sola en medio de la noche! ¿Dónde está el brillante cortejo que debe rodear á la esposa de Mailly? ¿Qué se hicieron vuestros escuderos, vuestros pajes?

—¿Y cuáles son los pajes, cuáles son los escuderos que habeis enviado á vuestra esposa para noticiarla el feliz regreso? exclamó Angélica con una digna firmeza templada por la inefable dulzura de su acento. La he sabido por los gritos del pueblo que cruzaba debajo de mis ventanas, y ansiosa de asistir á vuestro triunfo, no he pensado en nada, no he querido perder un solo instante.

—Mejor hubierais hecho en quedar al lado de vuestro hijo, señora, y no esponer con la vuestra su salud, arrojando el frio de la noche! Volved al palacio, y que Dios sea con vos y con el noble heredero de la casa de Mailly.

Al decir esto Eduardo, con rostro severo y ademan desapacible, pica espuelas al caballo, y prosigue precipitadamente su marcha interrumpida.

Tan injusto desvío hiela todos los corazones: Angélica se retira y llora, el pueblo murmura, pero con su versatilidad acostumbrada, pasado el primer momento recobra de nuevo su alegría, y acompaña en tumulto al vencedor hasta la casa del preboste, que debia ceñir á sus sienes el lauro de la victoria.

Aquella fué una brillante y espléndida fiesta, pues el orgullo nacional y el odio habian concurrido de consuno á embellecerla.

Vencer á un enemigo cualquiera, era mucho para el altivo carácter de los franceses, pero vencer á un inglés, producía en sus ánimos una embriaguez de júbilo que rayaba en desvarío. Por lo tanto, al festejar á Mailly, mas bien que á su valor, era á su propia saña satisfecha á la que rendian homenaje de contento.

Sin orden ninguna superior, todas las calles de Choisy aparecieron por encanto iluminadas, como se acostumbraba hacerlo en Inglaterra, esto es, colgando cada vecino de los hierros de su balcon un candil, ó poniendo una lámpara sobre el alfeizar de la ventana.

Espontáneamente tambien, reuniéronse en coro, juntáronse con varios instrumentos, y recorrieron la poblacion, llenándola de armónicos sonidos y placenteros ecos. Nunca la antigua y sombría ciudad habia presenciado un alborozo tan completo.

En cuanto al héroe de aquella fiesta, apenas salió de la casa del preboste, se dirigió anhelante y lleno de júbilo al palacio de la encantadora de Choisy, de la bella Magdalena, que tenia preparado en su obsequio un espléndido banquete.

Ella misma le aguardaba en lo alto de la escalera ; ella misma le condujo de la mano á la sala del festin , resplandeciente de luces , saturada de perfumes.

Eduardo, al pasar por en medio de dos filas de apuestos caballeros , que envidiaban á la par su triunfo como guerrero y como amante , sintió la embriaguez del orgullo satisfecho , juntamente con las delicias voluptuosas de un amor correspondido.

Magdalena le colocó á su lado en la mesa , y nunca la encantadora sirena desplegó á sus ojos tantos hechizos, nunca le prodigó palabras tan halagüeñas ni tan espresivas sonrisas.

Chocáronse entre sí las doradas copas , tornóse bulliciosa la mesurada alegría , y ya pentraban en la sala los primeros fulgores del alba , sin que hubiesen cesado los brindis y los cantos.

No obstante , al través del adulator incienso que Magdalena se afanaba en quemar á las plantas del héroe , se observaba cierto sarcasmo comprimido. Por entre sus lánguidas miradas de amor , se escapaban algunos rápidos destellos de odio , y mas de una vez inclinándose hácia el duque de Alenfort , que estaba sentado á su izquierda , le habia dirigido en voz baja palabras misteriosas , que se perdian entre los ecos tumultuosos de la fiesta.

Eduardo nada veia : estaba ébrio de orgullo y de placer , y se consideraba mas dichoso que todos los Monarcas de la tierra.

De repente truncó los cantos de alegría un grito unánime de espanto.

En la puerta de la sala aparecieron muchos soldados , haciendo pavorosa ostentacion de sus armas , y el capitan Collbert , uno de los mas valientes y antiguos del ejército realista , se adelantó hasta la mesa , y dijo á Eduardo con trémulo y conmovido acento :

—Acabo de recibir órdenes superiores para llevaros preso hasta Compiègne!... Solo un imperioso deber me obliga á pronunciar estas palabras , y á intimaros que me entregueis vuestra espada.

—¡Preso yo! yo preso! exclamó Eduardo con la mayor sorpresa , ¿esto es imposible! ¿De qué se me acusa? ¿De cuando acá la victoria puede ser considerada como un delito?

—Yo nada sé , balbuceó el capitan. Os amo y os admiro; pero soy soldado , y debo obedecer á las órdenes que me imponen. Seguidme.

Eduardo , pálido y aterrado , miró rápidamente en torno de sí buscando un apoyo en sus amigos , pero estos bajaron la cabeza con aire consternado , y arrepentidos quizás de haber tributado homenajes al ídolo que se desplomaba , balbucearon algunos consuelos , y salieron uno á uno de la sala , dejándole abandonado.

Magdalena permaneció allí , pero las miradas de amor habian desaparecido de sus ojos , y las frases galantes de sus labios.

Cuando Eduardo se vió precisado á seguir al capitan , el adios de Magdalena fué frio , y lejos de acompañarle , como solia , hasta las gradas de la escalera , se inclinó ante él , contentándose con augurarle buena suerte.

—¿Qué es lo que me sucede? murmuró Eduardo con

amargura , sintiendo penetrar en su corazon el acerado puñal del desengaño. ¿No me quedan , pues , amigos? ¿no me queda nadie en este mundo?

—¡Te quedo yo! dijo una voz dulce á su lado.

Era Angélica , que habia acudido presurosa , avisada por una mano oculta de la desgracia de su marido.

Eduardo al reconocerla , soltó un grito de sorpresa y de vergüenza , y por sustraerse á la vista de aquella mujer generosa , bajó precipitadamente la escalera sin dirigirla ni una sola palabra de gratitud ó de cariño.

Una hora despues salia de Choisy una litera escoltada por muchos soldados , y detrás de ella se veia á una mujer vestida de negro.

Era Angélica. En todo el largo camino que media desde Choisy á Compiègne , la valiente esposa siguió con paso firme aquella litera , que conducia al que habia jurado amar y consolar al pié de los altares. Se adelantaba á ella al llegar á las posadas para preparar al cautivo mejor alojamiento , y prodigarle todas aquellas pequeñas atenciones que son tan gratas en la desventura. La primera persona que veia Eduardo al bajar de su litera , era Angélica , y cuando llegó á Compiègne , cuando le encerraron en una oscura mazmorra , Angélica fué tambien la que encontró en la puerta de su prision , y sus lágrimas fueron las únicas que vió derramar en torno suyo.

(Se continuará.)

MARÍA DE LA CRUZ.

LOS TRES ELEMENTOS.

Te ví tan bella , que mi pecho amante
Un suspiro exhaló,
Veloz desapareciste , y al instante
Mi pecho suspiró ;
Al ver tu faz de rosa , otra mañana
Un suspiro lancé ;
Mas me premiaste mi pasion , tirana ,
Y otra vez suspiré ;
Mis suspiros , aun mas que tu desaire ,
Me vienen á probar que amor es aire.

Pasaron muchos meses , y abrasado
De amor me consumia ;
Mi pecho , por tus ojos inflamado ,
Cual tu mirada ardia ,
Otra vez tu figura seductora
Apareció ante mí ;
Y una llama girar , devoradora ,
En mi pecho sentí ;
Entonces exclamé , de amores ciego :
Ya no debo dudar , amor es fuego.

Lágrimas de dolor , al ver mi suerte ,
Empiezo á derramar ,

Y soñando contigo y con la muerte,
 No ceso de llorar;
 Una noche, que el llanto me corria
 Por mi mejilla ardiente,
 Oí tu dulce voz, y me vió el día
 Llorando amargamente,
 Puesto que el llanto la pasión lo fragua,
 ¿Quién me podrá negar que amor es agua?

Y pues según el cuento,
 Es fuego, y agua, y viento,
 Consta el amor de la mujer querida
 De los tres elementos de la vida.

Lógica consecuencia:
 Sin amor, ¿es posible la existencia?

CONSTANTINO GIL.

LABORES.

Ahora que las flores primaverales empiezan á agostarse, y que la noche prolonga otra vez su imperio, es preciso ir preparando las labores con que podamos distraernos en las largas veladas del invierno, tristes si dormitamos al lado de la chimenea, alegres si las pasamos entretenidas con algun trabajo primoroso, que ocupe al mismo tiempo la imaginación y las manos.

Ninguna labor hay que fatigue menos la vista y sea más útil que las de frivolidad, y por eso se generaliza cada día más su uso, aplicándolo á mil distintos objetos.

Las muestras que hoy ofrecemos á nuestras lectoras, son dos bellísimas guarniciones, compuestas de rosetas y entredoses de frivolidad, hechos con hilo bastante fuerte, y que pueden servir para enaguas, pantalones y camisetas.

La primera labor concluye abajo con un jareton ancho, y termina en la parte superior con una tira al biés, sobrepuesta y pegada con dos pespuntos, para ocultar la unión de la guarnición con la tela.

Se ejecuta colocando diagonalmente las tiras de batista, orilladas por los dos lados con un pespunte y los entredoses, debiendo tener los segundos nada más que la mitad del ancho de las primeras. Estas se bordan con tres hileras de budoques, que pueden hacerse con hilo blanco, negro ó

encarnado, del mismo modo que las rosetas y entredoses pueden ser de malla ó de crochet.

La segunda se compone de un entredos y rosetas hechas aparte, y que se intercalan en la tela, sujetándolas por medio de un feston.

Inútil es advertir que se recorta la batista, colocando las rosetas en los huecos que resulten, para que queden transparentes.

Las rosetas deben tener cuatro picots en la parte exterior de la hojita, y dos sueltos, el primero y el último, para unir las hojas entre sí.

Si se ejecutan con algodón del núm. 30, su diámetro será de 5 centímetros hasta el feston.

Se colocan en dos hileras, á una regular distancia de la onda, festoneada y proporcionada al tamaño de las rosetas, procurando que las de la primera hilera ocupen el centro de la onda, y las de la segunda vengan á estar enfrente del remate.

En lo alto de la guarnición se hacen dos jaretitas pespunteadas, y se termina con un dobladillo á la inversa, también con pespunte, á cuyo borde se pega el entredos, uniéndolo del mismo modo á la tela de la enagua ó pantalon, en la cual podrán hacerse, si se quiere, otras dos jaretitas, para que guarden armonía con las primeras.

MODAS.

Explicación del Figurin, núm. 859.

FIG. 1.^a TRAJE DE PASEO.—*Vestido* de gasa Chambery blanco, con viso de seda.

Falda lisa, y cuerpo redondo y escotado, de seda, color Regina (pensamiento). *Falda superior*, de gasa Chambery, blanca, negada y con estensa cola, adornada de un biés de seda Regina, y recogida en los costados por cintas de igual color, que descienden del cinturón, terminando en cabos flotantes. *Cuerpo* alto y liso.

Paletot de la misma gasa, holgado, aunque tronzado del talle, y adornado de bieses iguales al de la falda, que se repiten en el hombro y cartera de la manga.

Sombrero-diadema de tul, color de maíz, ribeteado de agremanes de paja: cordón de paja al pié de la diadema, que pasa á anudarse flotante por detrás, y grupo de hojas y espigas á cada lado, sujetando el echarpe de tul, que sirve de bridas.

FIG. 2.^a TRAJE DE CAMPO.—*Vestido* de doble falda y cuerpo, uno de glasé verde y otro de popelina inglesa.

Falda interior, corta, de glasé verde mar, con cuatro bieses al canto de la misma tela: cuerpo alto y liso con manga justa. *Falda de encima* de popelina gris, lisa y recogida á los lados por botones de seda verde: cuerpo-paletot correspondiente á esta falda, con manga perdida á la griega, abierta en todo su largo, y ribeteada de glasé verde, así como las aldetas desiguales, que terminan el paletot.

Cinturón verde con cabos flotantes por detrás.

En este traje puede suprimirse el cuerpo interior, co-siendo las mangas verdes al exterior.

Sombrero de paja de arroz, de copa redonda y baja, atravesado por echarpe de tul, sujeto por una rama de rosas, que baja sobre el mismo á unirse por detrás debajo del peinado, estendiéndose otras ramas en torno de la copa.

Guantes ceniza, y *botas imperiales*.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92

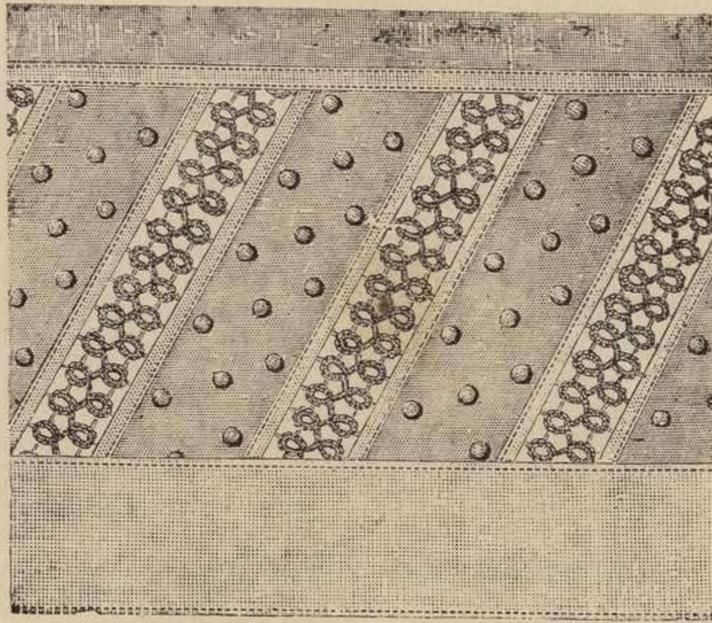
Coiffures de la M^{me} Noailles et C^{ie} Delacroix Succ^r de la Bourse, 4 - Modes de M^{me} Morison r. de la Michodière, 6.
 Coiffures de Henri de Bysterveld, Faubourg S^t Honoré, 5 - Lingerie de M^{mes} Noël sœurs Ala Couronne Royale, Rue du Buc, 31.
 Robans et Passementerie Ala Ville de Lyon r. de la Ch^{ie} d'Antin, 6.
 Sous jupe acier E. Creusy Baudeliet et Roche rue Montmartre, 133 | Parfums de Violet pour r. de S. M^l l'Impératrice, r. S^t Denis, 317.

Entered at Stationer's Hall.

LONDON, E. Weldon, 22, Tavistock Street Covent Garden, W.C.

MADRID El Correo de la Moda P. J. de la Peña

1



2

